

—¿Qué dijo el doctor?

El, apretadas las manos, cerradas en una contracción nerviosa, conservábase inmóvil, rígido; parecía estar sólo, alejado de todos y de todo, absorto, con la mirada fija en un punto lejano y quimérico como si esperase hallar en él, la fórmula del secreto de la vida.

No debió oír la pregunta de sus deudos, que la repitieron, intentando poner efusión y cordialidad en las palabras:

—¿Qué dijo D. Ramón?

Los miró entonces, y vuelto de su abstracción, desoladamente, abatió la cabeza y con lentitud hizo un movimiento negativo.

—Un milagro. ¡Nada más que un milagro...!—murmuró.

Como en un coro grotesco de zarzuela, todos, á un tiempo mismo arrugaron el ceño diciendo unas palabras que querían ser acicate á la prolongación de la última posibilidad y sonaron á farsa teatral en los oídos de Alfredo.

Después, tornaron á ocupar las butacas abandonadas y continuó el bisbiseo de la conversación interrumpida.

Salió de allí. Le molestaba aquel rumor, aquellos cuchicheos espaciados por silencios, en los que oía lejano, á través de las puertas hojiabiertas, el quejido agudo, martirizante de Rosina, que desde cinco días antes no cesaba un momento. Lo tenía incrustado en los oídos, en la cabeza, que le pesaba y le ardía como si fuera de un metal incandescente.

Se refugió en lo más apartado; en su despacho. Y se dejó caer sobre la *chaise-longue* como una cosa inanimada.

Fumaba deprisa, ávidamente, como si el humo del tabaco calmase sus nervios sueltos y desatados en un orgasmo desde el día en que D. Ramón, su médico y amigo, habíale anunciado la grave situación de la pequeña.

Fumaba, fumaba...

Y detrás de la frente pálida y pensativa, le torturaba sobre este dolor de ahora, el dolor vivo y agujoneante de los recuerdos...

No habían transcurrido aún seis meses, desde la muerte de Rosa María, su mujer, y hoy adivinaba inmediato el final trágico de su época venturosa en esta vida.

Huérfano desde niño, apenas recordaba á su padre, un señor bueno, que al morir no le dejó sino el apellido limpio y una miseria en dinero que no le alcanzara á terminar sus estudios, si la generosidad de aquellos deudos de su madre—á quien no había conocido—que le recogieron, no hubiese sido suficiente á sufragar los gastos precisos para ello.

Los parientes éstos, viejos ya al quedar huérfano, habían muerto como si agotados sus recursos en la carrera de él, sólo esperasen crearle un porvenir para morir en paz.

Vivió Alfredo algunos años, sin afectos íntimos ni hondos. Y cuando sus estudios y trabajos de Ingeniero Industrial le habían encumbrado á una posición social brillante, sintió la necesidad de crearse un hogar y compartir con una mujer buena y bella las comodidades que le dieran la Fortuna y su esfuerzo personal.

Y encontró á Rosa María que encarnaba sus ideales de amor; un año no cabal de noviazgo y la hizo su mujer. Fué dichoso. Tenía entonces veintiséis años y duró la felicidad, sin una sombra de pesar ni de contrariedad, ocho más. Una felicidad completa, ecuaníme, serena y jocunda.

Pasados dos años de su matrimonio, Rosa María le hizo padre de una chiquilla de belleza exquisita: Rosina.

Era el complemento de la ventura que reinaba en aquel hotelito de la Castellana, blanco y alegre, inundado de luz, adorna-

do con muebles frágiles y costosos *bibelots* en rincones deliciosamente perfumados.

Rosina era un encanto. Tenía la melena rubia y fina, la carita blanca y rosada, los ojos muy negros, muy rasgados y unos labios menudos y furiosamente rojos, como las fresas no bien maduras. Rosina reía mucho; corría por las encristaladas galerías y charlaba con los pájaros que bajaban á comer en sus manos desde los árboles del jardín.

Nunca salieron de casa Rosa María y Alfredo, sin llevar con ellos á la nena, que era su orgullo.

El Ingeniero vivió aquellos años feliz, entregado á su doble amor, complaciéndose en aquella dicha y gozando las delicias de la vida que no tenía, para él, ni una hora desventurada, como si caminase delante de sus pasos una encantada princesa de cuento de hadas, cuya varita mágica trocase en rosas de amor los contratiempos que pesan sobre las humanas criaturas.

Pero...

Un día, de los últimos de Enero, Rosa María sintióse enferma; tenía fiebre alta y se quejaba de dolores en el pecho y los costados. D. Ramón, el viejo amigo de Alfredo, nombró la dolencia con frase vulgar: pulmonía. Hubo consulta; los compañeros del doctor confirmaron el diagnóstico y en la madrugada del primer día de Febrero, que nevó copiosamente, Alfredo quedó viudo.

Fué un dolor inmenso, vivísimo. Parecíale que se había derrumbado sobre él un enorme peso que le dejó anonadado y dolorido.

Los besos y las lágrimas de Rosina, de aquella nena carne de su carne y de la carne de la muerta, le hicieron sosegar un poco en la vorágine de sus tenebrosos pensamientos, y poner freno á su dolor que había dejado desbordarse libremente en llantos y congojas que entristecían honramente á la niña.

Por un esfuerzo enorme de su voluntad, consiguió serenarse. Rosina necesitaba de todas sus energías y sus cuidados. Era su pesar horrible, pero mudo; ante su hija sonreía como si no hubiese finado para él la mitad de la ventura de su vida; la mimaba cuidadosa y tiernamente.

Una noche, en su alcoba, sintió la desolación del lugar vacío que en el lecho dejase Rosa María y sus nervios en un espasmo, dieron á la carne una sensación de frío intenso.

Pensando en quien nunca había de volver, levantó los ojos hasta la imagen de una virgen que señalaba, con sus manos de una belleza irreal, un corazón que en el medio del pecho ardía entre llamas, y por primera vez en su vida brotó en su pensamiento una blasfemia horrible, que no dijeron sus labios. Pero, bien claramente, percibió que se extinguía, de súbito, en su alma aquella fe que los parientes viejos le enseñaron y, más tarde un poco entibiada, resucitó Rosa María.

Quedáronse helados, entonces, aquellos sentimientos religiosos; perdida la confianza en un poder sobrenatural y, ahora, mientras la memoria, en la tolvanera de los recuerdos le hacía revivir su pasado, renacía, por no supiese qué misterioso influjo, aquella confianza en la religión, en el poder desconocido y omnímodo del que renegara aquella noche desolada y trágica en la soledad de su aposento.

Vinieron á sus oídos las palabras del médico: «Un milagro... ¡Nada más que un milagro!... Y como si en su pecho hubiérase encendido un fuego nuevo, pensó en Dios y arrepentido de su pecado suplicó fervorosamente, con toda la efusión y ternura de su alma y pensó en el milagro:

—Que no muera Rosina, Señor, y mi vida toda la dedicaré á bendecir y alabar vuestro nombre, vuestra bondad, vuestra mi-